

León Felipe, poeta del camino

José Pablo Márquez

José Pablo Márquez

Profesor de Literatura, efectivo en Educación Secundaria, egresado del Instituto de Formación Docente de Salto (2002). Profesor de Historia, egresado del Centro Regional de Profesores del Litoral (2013). Ejerce la docencia de aula en el Liceo Departamental y en el IFD de Salto. Ha colaborado con artículos en revistas literarias de su departamento, como *Punto* y *La Piedra Alta*, así como con esta publicación. Ha participado como ponente en Seminarios y Coloquios sobre Literatura en su departamento. Integra el Grupo de Estudios Autobiográficos (GEA), en la órbita del Departamento Nacional de Literatura del CFE, dirigido por la profesora y escritora Mag. Helena Corbellini.

Resumen

Considerado un poeta del exilio León Felipe define, sin embargo, una obra completamente original desde su primera publicación en 1920. A través de imágenes arquetípicas como el caminante, el viajero, el profeta, el autor traza las líneas de un proyecto poético que marcan una personalidad literaria claramente reconocible. El presente artículo tiene como objetivo visualizar en sus inicios aquellos aspectos que caracterizan más tarde la parte más conocida de su obra, que será construida en medio de los dolorosos y sorprendentes caminos del mundo.

Palabras clave: Inicios- originalidad- caminante- profeta

León Felipe, poet on the road

Abstract:

Considered a poet from exile Leon Felipe defines, however, a completely original work since its first publication in 1920. Through archetypal images as the walker, the traveler, the prophet, the author traces the lines of a poetic project that punctuate a literary personality clearly recognizable. The present article aims to visualize in its origins those aspects that characterize later the best known part of his work, which will be built in the midst of the painful and surprising roads of the world.

Key words: Poetry- originality- hiker- road

Habitualmente visualizado como un poeta del exilio español, sobre todo por su obra posterior a 1950¹, León Felipe² (1884-1968), sin embargo, es un autor que inicia su producción literaria mucho antes de la fecha anteriormente señalada. Ubicado por edad en la Generación del 14, pero cercano en mentalidad a la Generación del 98 y a la Generación del 27, León Felipe es un poeta excéntrico que mantendrá desde el arranque con todos esos grupos de escritores una relación literaria distante, influenciada incluso por su propio derrotero vital:

Dejando a un lado la acogida dispensada a su primer libro conviene reconocer que desde 1920 hasta 1935 León Felipe no había publicado en España y había visitado el país sólo fugazmente sin llegar a integrarse en su intensa, por aquellos años, vida intelectual, salvo en el período 1934-36; relativamente oscuro, por lo que a su estancia en España se refiere. (J. Marco, 1986: 26).

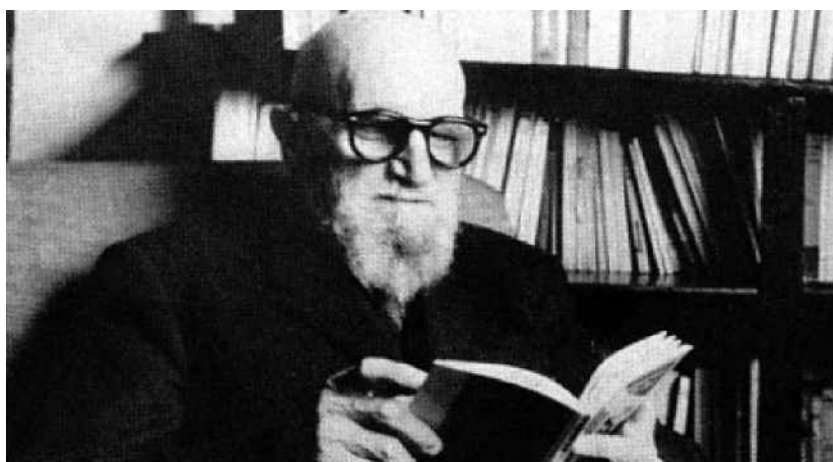
Tras su activa militancia como republicano partirá al exilio en 1938, pasando a tener su residencia habitual en México. Todo ello lo alejará de los discursos literarios dominantes en los distintos períodos de la *Edad de Plata* de la Literatura Española (1898-1936), lo que configurará una personalidad poética original.

Desde el inicio, León Felipe desarrolla un discurso donde combina el anti-retoricismo de las vanguardias con el escepticismo de la poesía del Siglo de Oro. Sus poemas, sin recarga estética en el lenguaje están, no obstante, caracterizados por su contundencia profética, cercanos tanto al ritmo salmódico de la poesía hebrea como al de la de su admirado Walt Whitman. En buena medida es una poesía que, desde su tono y construcción, exige una interpretación performática que toma en cuenta la presencia de un público. Muchos de los poemas de León Felipe son, prácticamente, alocuciones en verso, por lo que adquieren un ritmo conversacional

y hasta imprecatorio que demanda la atención de un auditorio, aunque ello no nos pone en presencia de un autor espontáneo. En cada texto el autor parece desenvolver un pensamiento mineral que luego es tallado y perfilado en el código del idioma, y de la misma manera que su periplo vital, dicho pensamiento va naciendo, haciéndose y cuestionándose en el camino, ya sea este el del peregrino o del exiliado:

De la serie “Prologuillos” (*Versos y oraciones de Caminante*, 1920) pueden desprenderse dos opiniones del autor: su gusto por una poesía no retórica, elemental y directa, tanto léxica como sintáctica, ideológica y sentimentalmente; y, además, su atención al ritmo personal, no agobiado por sistemas de escuelas anteriores, sino encontrado dentro de sí mismo. A este ritmo le otorga el primer puesto; es el ritmo el que hace el poema y determina el verso. (*Estudio previo*. J. Paulino, 2006: 70.).

Aunque deliberadamente se presenta como un poeta anti-retórico (y casi como un antipoeta, antes incluso que Nicanor Parra), no obstante hallamos igualmente en su poesía el empleo de recursos habitualmente considerados líricos (anáforas, paralelismos, construcciones circulares, etc.), por lo que puede decirse que, más que nada, desarrolla una retórica propia en donde lo esencial no es la metáfora impactante o inusitada, sino la contundencia de la expresión: “si la unidad significativa de las nuevas escuelas de los años veinte era la imagen, en León Felipe hay que partir de las palabras”. (J. Marco, 1986: 31) Para Juan Frau, Felipe desarrolla “una retórica de gritos” (2002: 296), ya desde su obra inicial, con abundancia de figuras patéticas y exclamaciones no declamativas. Dirá nuestro poeta en *Drop a star* (1933): “No busco el verbo raro ni la palabra extraña”. Esto no quiere decir que no recurra a la metáfora compleja o a la sonora sugerencia de la aliteración, y en su lírica todo es poetizable: “León Felipe, curiosamente, cons-



León Felipe

truye sus textos con materiales literarios, como él mismo dice, para que ardan, para quemarlos, echa mano a la materia literaria para buscar más allá de la misma”. (F. Lobera Serrano, 1996: 205). En este sentido recurre, claro está, al verso libre, habitualmente de ritmo roto, aunque no elude el empleo de la rima asonante:

Con las piedras sagradas
de los templos caídos
grava menuda hicieron
los martillos
largos
de los picapedreros analíticos.
Después,
sobre esta grava, se ha vertido
el asfalto negro y viscoso
de los pesimismos.
Y ahora... Ahora, con esta mezcla extraña,
se han abierto calzadas y caminos
por donde el cascabel de la esperanza
acelera su ritmo.

(“*Con las piedras sagradas...*”, 1998: 24)

En general, la “retórica de gritos” de León Felipe se aleja de la musicalidad y la ornamentación expresiva del Modernismo, como lo hacen todos los nuevos poetas españoles después de 1914. En *Versos y oraciones de caminante* dirá lo siguiente: “Deshaced ese verso,/ quitadle los caireles de la rima,/ el metro, la cadencia/ y hasta la idea misma./ Aventad las palabras,/ y si después queda algo todavía/ eso/ será la poesía” (L. Felipe, 1998: 9). Esa voluntad permanente de romper con los que considera, evidentemente, corsés expresivos, lleva a este autor a introducir coloquialismos e interjecciones que recuerdan, incluso, la poesía de Vladimir Mayakowsky: “¡Ja!, ¡Ja!, ¡Ja!/ Esa risa,/ esa risa mecánica,/ esa risa de Hollywood, esa risa que viene entre la sombra/ tiene un hilo de sangre/ y una baba amarilla/ en su boca epiléptica” (L. Felipe, 1998: 50). El resultado es un poema fragmentario, en el que las expresiones habituales del hombre de la calle e incluso de la publicidad son deconstruidos y reestructurados en una nueva realidad, la del texto poético. Es uno de los primeros poetas en hablar de la ruptura de la poesía pura, que veremos después en Neruda, amigo suyo, de la misma manera que los poetas del 27 (sobre todo García Lorca, Alberti y Prados) expresaban una “poesía de crisis”:

Él se ocupa de las cosas esenciales, en tanto que el poeta retórico se recrea en la forma; del último son la retórica y el extrañamiento, ‘el verbo raro y la palabra extraña’: todo el artificio que desprecia

el poeta porque no sirve para hablar de las cosas naturales. (J. Frau, 2002: 294).

Al escindirse del elitismo modernista y del vanguardista, su verbo poético configura una voz tremendamente original que busca, al mismo tiempo, ser canal expresivo de los demás; de ahí que recurra, a la vez, a ritmos de coplas y romanzas populares que combina con el versolibrismo. En este plano el poema es, casi que inevitablemente, de todos, no le pertenece sólo a quien lo crea, y cuando hablamos de “todos”, nos referimos a los seres humanos, en general, despreciando las barreras nacionales y los prejuicios patrióticos, tal como podemos observar en *Romero sólo* (1998: 27):

Que no hagan callo las cosas ni en el alma ni en el cuerpo.
Pasar por todo una vez, una vez sólo y ligero,
ligero, siempre ligero.

Sensibles a todo viento
y bajo todos los cielos,
poetas, nunca cantemos
la vida de un mismo pueblo
ni la flor de un solo huerto.
Que sean todos los pueblos
y todos los huertos nuestros.

Andar y desarraigo

En León Felipe hay por un lado un deseo de tener un lugar al que poder llamar patria, pero a la vez hay una repulsión hacia todo nacionalismo que encorsete el verbo y la hermandad entre los hombres. Como señala Jorge Campos en el estudio previo a una de las antologías de su obra, los suyos son “versos que no pueden cantar con voz engolada y falsos acentos una comunidad patria que no siente”. (1998: 10). El yo lírico expresa, irónicamente, en el poema *¡Qué lástima!*, de su primer libro:

¡Qué lástima/ que yo no pueda cantar a la usanza/
de este tiempo lo mismo que los poetas de hoy cantan!
¡Qué lástima/ que yo no pueda entonar con una voz engolada/
esas brillantes romanzas/ a las glorias de la patria!
¡Qué lástima/ que yo no tenga una patria!
¡Qué lástima/ que yo no tenga un abuelo que ganara/
una batalla,/ retratado con una mano cruzada/
en el pecho, y la otra mano en el puño de la espada!
¡Y qué lástima/ que yo no tenga siquiera una espada!
Porque..., ¿qué voy a cantar si no tengo ni una patria,
ni una tierra provinciana,
ni una casa/ solariega y blasonada,
ni el retrato de un mi abuelo que ganara/ una ba-

talla,/ ni un sillón viejo de cuero, ni una mesa, ni una espada?/ ¡Qué voy a cantar si soy un paria/ que apenas tiene una capa! (1998: 32).

Su vocación de caminante hace que se sitúe en un *no-lugar*, o sea, en un lugar de tránsito como lo es el mundo para aquel que es un eterno viajero. Es un desarraigo que no es exclusivo del poeta, sino que a través de él refleja la soledad y el desarraigo ajenos, especialmente de los sectores populares, no por demagogia sino por evidente identificación a través de un dolor común:

Que todo el ritmo del mundo por estos cristales pasa/ cuando pasan/ ese pastor que va detrás de las cabras/ con una enorme cayada,/ esa mujer agobiada/ con una carga/ de leña en la espalda,/ esos mendigos que vienen arrastrando sus miserias, de Pastrana,/ y esa niña que va a la escuela de tan mala gana.

Pero el hecho de que se ubique al nivel del hombre común, también lo habilita a cuestionar directamente al lector (“mon semblable, mon frère”): “Yo no soy nadie./ (¿Has entendido ya/ que YO eres Tú también?)” (*Drop a star*: 1998: 52).

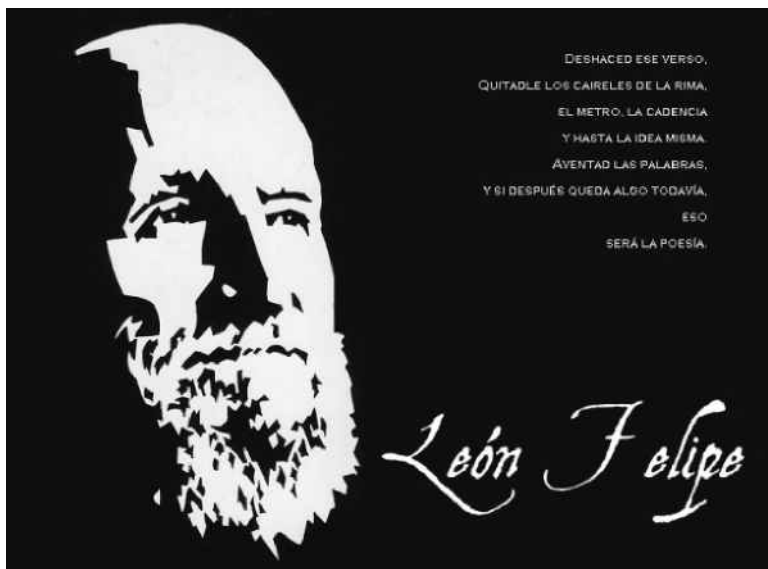
Pero no sólo es la imagen del caminante la que aparece en sus versos. En sí el peregrino es la resultante del cruce de otros viajeros sin hogar fijo, como es el caso del marinero en el poema extenso *Drop a star*:

Marinero,
tú tienes una estrella en el bolsillo...
¡Drop a star!

Enciende con tu mano la nueva música del mundo,
la canción marinera de mañana,
el himno venidero de los hombres...
Tú tienes una estrella en el bolsillo...
una estrella nueva de paladio, de fósforo y de imán.

El caminante, en particular, y el viajero, en general, son imágenes que se elevan a la categoría de símbolo, de vaso comunicante entre el ser humano y una realidad que lo define y/o trasciende. El caminante es, a su vez, testigo del mundo que registra en su pupila la esperanza y el fracaso, la renuncia y el compromiso, que también delimitan, como dijimos antes, una retórica personal:

León Felipe vive las tres primeras cuartas partes de nuestro siglo, siempre fiel a sí mismo, pero siempre en continuo progreso, en incesante búsqueda. Este progreso y esta búsqueda, metaforizados en los símbolos del



‘caminante’, del ‘minero’, del ‘navegante’ y nunca del ‘poeta’ inciden en sus versos, incluso formalmente. (F. Lobera Serrano, 1996: 198).

Es así que la imagen del peregrino, del hombre que va conociendo el mundo con ojos nuevos, encantados por el descubrimiento de otros paisajes, de otros hombres, de otros registros idiomáticos, se transforma luego en la imagen del profeta exiliado, que denuncia la degradación del vencedor y que truena, incluso, contra su propia impotencia. Ahora bien, estas características de su poesía de exilio ya están en la primera etapa de su obra, de modo que podemos observar una continuidad, una homogeneidad, no por incapacidad del autor de variar aquello que tiene para decir, sino que se trata de una plena conciencia de sí mismo desde el inicio, tal como podemos visualizarlo en el poema *Como tú...* (1998: 25):

como tú, que no has servido
para ser ni piedra
de una lonja,
ni piedra de una audiencia,
ni piedra de un palacio,
ni piedra de una iglesia;
como tú,
piedra aventurera;
como tú,
que tal vez estás hecha
sólo para una honda,
piedra pequeña
y
ligera...

León Felipe como poeta ya nace maduro, o sea, sabiendo qué quiere, con conciencia de cuáles son sus preocupaciones y obsesiones, las cuales irán transmu-

tando su forma de concretarse a lo largo de los sucesivos poemarios. Sus temas más recurrentes ya están presentes en su primera poesía y, en perspectiva, esta última parece una suerte de preparación (sin quererlo, claro está) frente a la tragedia que vendrá, a pesar de su inicial confianza en el triunfo de la justicia: “¡Drop a star!/
Pero no se acabará entonces (refrenad la alegría)./
Se irá haciendo más grande la tragedia del mundo./ ¡Y más heroica también!” (1998: 55). En un breve ensayo homenaje publicado en internet, el teólogo y ensayista cultural portorriqueño Luis Rivera Pagán destaca:

Es el desterrado, el exiliado que proclama la hermandad universal del llanto humano, pero que no puede liberarse de su angustia propia: la derrota de los sueños libertarios de su patria. El exilio del poeta lo lleva a tierras que nunca serán realmente su patria, a casas que nunca serán genuinamente su hogar. Son más bien austeras posadas en las cuales el peregrino detiene por instantes su vagabundeo. Lo importante de esa posada es que haya una ventana que le permita observar el mundo. La imagen de la ventana por la que el poeta mira y contempla la miseria y el dolor está presente en toda la obra de León Felipe.

Poeta y lector

El poeta ordena sus conclusiones del avatar humano y del propio en imágenes que hablan de un destino universal, no necesariamente venturoso. Pero dichas imágenes pueden partir de la propia Literatura, del Arte, de la tradición cultural española y hasta bíblica. León Felipe representa y re-crea la tradición; recurre a ella y reniega de ella. Recurre a ciertas formas ideográficas y reniega de sus taras ideológicas. Confronta al lector porque éste no es asumido como un ser pasivo, sino como un ser responsable ante sí mismo y ante los demás:

De aquí no se va nadie.

Mientras esa cabeza rota
del Niño de Vallecas exista,
de aquí no se va nadie. Nadie.
Ni el místico ni el suicida.

(...) Hasta que un día (¡jun buen día!)
el yelmo de Mambrino
-halo ya, no yelmo ni bacía-
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías
como pintiparado,
como hecho a la medida.
Entonces nos iremos todos
por las bambalinas.

Tú, y yo, y Sancho, y el Niño de Vallecas,
y el místico, y el suicida.

(Pie para el “Niño de Vallecas”, de Velázquez, 1998: 39).

Como en todo lector, los poemas de León Felipe dialogan con la literatura en general, de modo que sus textos son también una síntesis de sus experiencias lectoras. Se puede observar una identificación temprana con Don Quijote, incansable aventurero; héroe y objeto de burla (no por parte del poeta-romero) a partes iguales:

¡Cuántas veces, Don Quijote, por esa misma
llanura/ en horas de desaliento así te miro pasar!/
¡Y cuántas veces te grito: Hazme un sitio en tu mon-
tura/ y llévame a tu lugar;/ hazme un sitio en tu
montura,/ que yo también voy cargado/ de amar-
gura/ y no puedo batallar! (Vencidos, 1998: 37).

Al igual que Don Quijote (este personaje aparecerá, directamente o sugerido, en casi toda la poesía de León Felipe), el poeta sentirá indignación ante la injusticia provocada por el propio sistema, donde el pobre y desvalido de hoy clama a las puertas de los templos del capital financiero:

Y digo secamente./ Registrad este hecho:/ a
aquel hombre sin piernas, del carrito,/ que cruzaba
una noche Wall Street,/ remando en las baldosas
con unos palitroques/ bajo el silencio de los rasca-
cielos solitarios,/ lo he visto aquí en la plaza esta
mañana/ a la sombra de una palmera (Drop a star,
1998: 52).

En León Felipe es importante la voluntad mitificadora, no en un sentido de engaño o embellecimiento de la realidad, sino de intento de comprender y aprehender el devenir humano en una serie de imágenes arquetípicas con las que, a su vez, se dialoga. El mito no está, en León Felipe, al servicio de la cristalización de los avatares de la especie, sino para dialogar con nuestro entorno y con nuestro sufrimiento. De ahí la trascendencia de la figura mítica del profeta que es crecientemente abordada en su poesía y con mayor conciencia. En su primera etapa, como lo han destacado continuamente los críticos, se percibe y se hace explícita por parte del poeta una tonalidad oracional, de plegaria, que más tarde adquirirá la forma explosiva de la blasfemia dirigida contra la injusticia, que expresará hondamente la desazón por la derrota de cierto ideal de justicia que el poeta veía reflejado en la República. Pero no se trata de la simple elección de un ritmo poético, sino de una vocación existencial; desde sus primeros textos busca

asumir una plena coherencia entre literatura y existencia. La rebelión juvenil contra las formas excesivamente recargadas del Modernismo no significa un fenómeno pasajero sino una constante en toda su vida y su obra. Puede criticársele, en este sentido, que su búsqueda de una poesía anti-retórica termina generando una nueva retórica, aunque al mismo tiempo debe admitirse que León Felipe no apunta al adoctrinamiento de la expresión ajena, sino a una prédica con el ejemplo de la necesidad de encontrar el caudal numérico propio, lejos de cualquier limitante de escuela o corriente.

Puede resultar contradictorio, pues, que el poeta recurra y se identifique cada vez más con la imagen del profeta, por la intolerancia fanática con la que este último suele estar relacionado. Sin embargo el profeta es, ante todo, el ser que desde su soledad clama y grita lo evidente, que busca religar a los demás con el ánima perdida. El profeta no es un sujeto confortable, sino más bien incómodo porque descubre a sus congéneres las miserias que pesan en sus espaldas y que quizá consideren virtudes, y más terrible se torna su discurso cuando admite sus limitaciones como ser humano, cuando deja en evidencia que él también, como los demás, es digno de censura y de conmiseración:

La mano ociosa es quien tiene más fino el tacto en
[los dedos,
decía el príncipe Hamlet, viendo
cómo cavaba una fosa y cantaba al mismo tiempo
[un sepulturero.
No sabiendo los oficios los haremos con respeto.
Para enterrar a los muertos
como debemos
cualquiera sirve, cualquiera..., menos un
[sepulturero.
Un día todos sabemos
hacer justicia. Tan bien como el Rey hebreo
la hizo Sancho el escudero
y el villano Pedro Crespo.

(*Como tú...*, 1998: 25)

Muchas veces se ha dicho que León Felipe profetiza desde las alturas, amonestando a los hombres por sus debilidades, errores y crímenes. Pero ese no es el papel que reivindica el poeta, puesto que se ve a sí mismo como un romero, como un hombre que habla desde el polvo del camino, desde la angustia de aquel que ve aproximarse y advierte sobre la desdicha futura. En todo caso lanza sus imprecaciones desde su cima ética, superior a la de los poderosos, oportunistas y traidores, pero al mismo tiempo profundamente crítica e irónica consigo misma.

La ironía y el sarcasmo sobrevuelan en todos los versos del poeta, con mayor o menor intensidad, como si el efecto desencantador del humor fuera necesario no sólo cuando más se lo necesita, cuando se lo precisa para desenmascarar la mentira, sino también como una manera de recordar que nada es lo que parece ser: “Que no se acostumbre el pie a pisar el mismo suelo,/ ni el tablado de la farsa, ni la losa de los templos/ para que nunca recemos/ como el sacristán los rezos,/ ni como el cómico viejo/ digamos los versos” (*Romero sólo...*, 1998: 21). El humor en León Felipe no es bufonesco, sino que forma parte de su propia visión del mundo; su largo peregrinaje le aporta comprensión de la existencia humana. Su poesía habla de nosotros y a nosotros que, como él, seguimos arrastrando nuestros bártulos de fugitivo por los senderos de este siglo.

Bibliografía

- Frau, Juan (2002). *La teoría literaria de León Felipe*. Sevilla: Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.
- León Felipe (1998). *Antología poética*. Madrid: Alianza Editorial.
- León Felipe (2006). *Ganarás la luz*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Lobera serrano, Francisco (1996). “León Felipe: literatura-sueño vs literatura-cuento”, en *Acti del XVII Convegno dell' Associazione degli Ispanisti Italiani*, Vol. 1. 187-206. Roma: Bulzoni Editore.
- Marco, Joaquín (1986). “La obra de León Felipe en el contexto de la poesía española”, en *Revista Scriptura #1*. 25-36. Lérida: Universitat de Lleida.

Notas

- 1 La primera obra publicada de León Felipe es *Versos y oraciones de caminante*, de 1920. Luego le seguirán poemarios y poemas sueltos, como *Versos y oraciones de caminante. Libro II* (1929), *Drop a star* (1933), *La insignia* (1936), *El payaso de las bofetadas y el Pescador de caña: poema trágico español* (1938), *Español del éxodo y del llanto* (1939), entre otros. También desarrollará una vasta obra como conferencista, y escribirá algunas obras de teatro y adaptaciones de dramas de Shakespeare.
- 2 Su nombre completo era León Felipe Camino Galicia de la Rosa.